

el problema del más allá en las antiguas religiones

Cada siglo y nación han tenido su terminología y mentalidad. El ambiente y las circunstancias externas, la propia cultura, la naturaleza, condicionan sus manifestaciones, y todo investigador honrado debe introducirse en ese mundo ambiental, para captar mejor el mensaje que han transmitido a la posteridad.

Este ha sido, a mi juicio, el gran fallo de la crítica racionalista del siglo pasado: no investigan, sino simplemente sacan consecuencias y afirmaciones, que entran dentro de su propio sistema predeterminado. Las conclusiones estaban al principio de toda investigación. Por esto no nos extraña su concepción sobre la resurrección de Jesús: un mito más dentro de un nuevo culto místico, entre tantos como existían.

El hombre desde su entrada en este mundo maravilloso siempre ha tenido las mismas preguntas existenciales sobre el más allá, el sentido de la vida, muerte, enfermedad... Estas inquietudes, como nos

dice el Concilio, siempre están presentes en toda mentalidad humana; son los eternos problemas del hombre, que busca una justificación, una solución con los medios que tiene a su alcance. La salvación final, la resurrección, la inmortalidad, angustian a toda persona.

En este sentido intentaremos hacer un análisis de las diversas concepciones sobre el más allá que han existido antes del gran aldabonazo que produjo Jesús: ¿es que Cristo dió un salto cualitativo? ¿no existió evolución en la comprensión de la resurrección?... Estos interrogantes y otros similares son los que nos han movido a hacer este intento de comprensión de la mentalidad anterior al cristianismo. Intentaremos captar el mensaje que nos han transmitido dentro de sus propios límites e idiosincrasia. Haremos un análisis de las culturas que predominaban en ese tiempo y pudieron influir en el pueblo escogido por Dios, centrándonos posteriormente en la concepción israelita sobre el particular.

LOS MITOS

Antes demos unas cuantas ideas aclaratorias sobre los mitos. Existen en todas las religiones antiguas, múltiples y variados mitos sobre los astros y sobre la fecundidad de la naturaleza: el astro que se oculta para nacer de nuevo rítmicamente, la semilla que muere y de ella nace una nueva vida... Estos mitos, dentro de nuestro tema, nos sirven para alcanzar el valor funcional de los mismos: no son una simple constatación de la realidad, algo ajeno al hombre: son historias arquetípicas, significativas, que intentan traducir y explicar algún aspecto de la existencia humana, no con un análisis abstracto, sino con la construcción de un relato ejemplar bajo una forma sublimada.

En este sentido podríamos afirmar ya desde el principio, que las religiones antiguas en general, admiten una esperanza en la "resurrección" aunque sea ambigua en términos generales: no hay una verdadera promesa sobre la resurrección en estos mitos, pero con todo, ante los ojos de los creyentes, sea cual sea su religión, se necesitaban unas fuerzas sobrenaturales que regulen la vida y una posible resurrección en el más allá.

EGIPTO

La civilización del país del Nilo se caracteriza por su longevidad. Quizás sea el primer país que evidencia con claridad su creencia en una inmortalidad bienaventurada.

Realicemos, ante todo, un breve recorrido histórico de la evolución de esta idea a grandes trazos

La religión del Imperio Antiguo es una religión aristocrática: la

inmortalidad se concede a los reyes, y del rey se comunica a los que le acompañan en su paso al más allá, o al menos, a los que reposan después de muertos a la sombra de la pirámide que guarda los restos del rey dios. La extensión del culto y devoción a Osiris, dios de los muertos, parece que se fundamenta, con la primera crisis de la monarquía, en que la transformación del rey en Osiris, se generaliza entre todos los hombres, los cuales adquieren una esperanza de inmortalidad por sí mismos y no al amparo del faraón. El ritual con que el rey era enterrado para conseguir su transformación en Osiris, se extiende a todos, incluso prestando a cada mortal para su viaje a ultratumba los atributos reales de cetro y corona.

Bajo el nuevo imperio no se pintan ya escenas de la vida presente, sino de ultratumba, con un nuevo apogeo de esperanza en la inmortalidad personal.

Y en la última decadencia del imperio, la religión se personifica: se siente la vinculación personal con la divinidad y la muerte se presenta como algo agradable para todo hombre.

Los edificios mortuorios y los múltiples conjuros para los muertos testimonian claramente la firme esperanza en la resurrección personal.

Y así observamos cómo en las tumbas se encuentra todo lo que había pertenecido al muerto en su tiempo de vida terrestre: lo necesita para seguir "viviendo" en el más allá.

Toda la vida del Egipto era una preparación para el "gran viaje" y el juicio con el "rito del peso del

corazón". Los dioses formaban corro y pesaban el corazón del difunto para ver si merecía la inmortalidad, presidiendo la ceremonia Anubis. Impresiona leer en el Libro de los Muertos el examen de conciencia que se le hace al difunto.

Y es que los egipcios ponían la certeza de su salvación en la justicia y verdad de los dioses: "el que contaba los corazones, conocía mi buen comportamiento; mi corazón fue grato al encargado de la balanza", se lee en la tumba de Ani.

Pero no ha podido averiguarse exactamente en qué consistía la esencia del yo después del fallecimiento.

Lo que sí se sabe ciertamente es que los egipcios no habían puesto sus esperanzas en una vida futura eterna, oscura e incierta, sino que creían firmemente en la perennidad de la vida terrestre: "Eres dios entre los dioses, pero al propio tiempo tú continúas en posesión de cuanto fue tuyo sobre la tierra. Tu esposa está a tu lado y te rodean tus hijos... Tu carne es imputrescible... Horus te da ojos para ver, orejas para oír, pies para caminar y manos para obrar".

En resumen, podemos afirmar que la inmortalidad consiste en alegría, abundancia, goce: "...De ahora en adelante te cuentas entre los amados de dios, que se apoyan en su cetro, visten prendas encarnadas, comen higos, beben vino y ungen sus cuerpos con perfumados bálsamos... Recibe todo cuanto contiene el granero del gran dios. Le visten los inmortales y el pan y la cerveza que le sirven dura eternamente... Hoy se encuentra mejor que ayer". Y a su vez también en una identificación con los dioses y

en concreto con Osiris, Horus, Re y Atum.

PERSIA

Con su apogeo político, su cultura y religión se propagaron rápidamente. Israel sufrió también su influjo.

Los persas acostumbraban dejar sus muertos en alto para que fueran devorados por las aves de rapiña, luego recogían los restos y los guardaban.

El culto al fuego tuvo también su apogeo, incluso con la cremación de los difuntos.

Nos dejan entrever estos ritos "algo" que sobrevive a la muerte.

El destino del hombre se explica por la desobediencia a la voluntad de Ahura Mazda, creador del Universo, Juez Final y Redentor de la Historia.

En la mitología de los últimos textos pahlavi se nos habla de la primera pareja que eligió el camino del mal, y comenzó a adorar a los "devas". Estos eran probablemente otros dioses de las tribus iraníes en tiempo de Zoroastro, a los que consideraba como falsos.

La salvación en esta religión se encuentra en la obediencia a Ahura, pero no en una obediencia legalista ni mecánica, sino comprometida: lucha en la tierra contra las fuerzas del mal y de la oscuridad.

Pero su obediencia no tiene resultados hasta después de la muerte: el justo en el más allá participará, junto con Mazda, de la existencia bendita e inmortal.

Tras la muerte el hombre es juzgado y transportado a la morada

que merece. Además existe también un juicio final, tras la venida de un salvador escatológico, Shaos-hynant, que vendrá a juzgar e inaugurar el reino final de Ahura Mazda. Y con esta venida, el hombre conseguirá la resurrección e inmortalidad plenamente.

Y es que, aunque los persas admitan el doble principio del bien y el mal, están seguros del triunfo final de aquél con la venida del mesías escatológico.

Pero esta salvación es universal y no individual: será una apocatástasis final en la que *todos* los hombres, colectivamente, conseguirán la inmortalidad. Resurrección e inmortalidad concebida a estilo terreno, material, llena de bendiciones, alegrías y felicidades como las que el hombre goza ya mientras vive en esta tierra.

ISRAEL

Un estudio previo sobre la vida y la muerte en Israel, nos harán valorar con mayor precisión su esperanza sobre la resurrección de los muertos. De aquí que empeemos con estos temas antes de centrarnos en el problema del más allá. Queremos hacer notar que dichas ideas sufren diversas evoluciones en el pueblo elegido a través de toda su historia.

LA VIDA

El israelita ama la vida: la concibe sobre todo como un don de Dios; pero ama la vida en lo más físico y concreto: no piensa en una espiritualidad inmortal desde el principio, quiere gozar de todos los recursos que el Creador le ofrece. Su ideal se plasma en el Job opulento. Tres son los elementos esen-

ciales que rodean su vida campesina: una familia a la que está estrechamente ligada, una tierra de la que puede y debe vivir, y un pueblo elegido cuyos destinos comparte.

La vida es fuerza: "hayah", vivir, tiene un sentido de contracción muscular en oposición al término "muerte". El semita no define con conceptos abstractos y precisos la vida, sino simplemente la reconoce en sus manifestaciones: es la sangre (Dt 12,23; Gn 9,4; Lv 17,14...) o la respiración o aliento (Gn 2,7; Job 27,3; 33,4...). La vida es espontaneidad, crecimiento, progreso, movimiento... fuerza.

La vida es el bien supremo que ha recibido, del que dependen todos los demás bienes (Prov. 3,16). Por esto anhela una vejez larga y llena de felicidad: ésta será el privilegio de todos los que viven más cerca de Dios. Un castigo divino será la muerte prematura (Sal 102, 24; Gn 47,9; Is 38,10; Jr 17,11...).

La vida es felicidad. Implica el éxito, la estabilidad, la alegría, la seguridad: presupone las relaciones normales con su Creador: el individuo sólo se desarrolla en contacto con la comunidad santa y en comunión con Yahveh. Y es que la vida y la muerte dependen de la divinidad, de ese Dios vivo, que habla, actúa, ve y oye (Dt 32,39).

Dios es el Santo de Israel. Por esto la vida que crea, de la que es fuente, que protege y mantiene, permanece vinculada a la santidad. Así la vida en Israel está vinculada ante todo al conocimiento de la voluntad divina. La vida depende de un diálogo, en que Yahveh toma la palabra para interpelar al hombre. La vida en última instancia se confunde con la obediencia a la voz de Dios. Cuando Yahveh calla, el

hombre muere (Am 8,11; Dt 30, 15ss). Israel espera la palabra de Yahveh. Su vida es una actitud de escucha, de obediencia.

Las dificultades que a través de la historia tuvo que sufrir Israel hacen que la vida adquiriera un sentido escatológico: será el fruto de ese resto fiel y purificado que espera ansioso esa palabra divina.

LA MUERTE

Israel no escapa a todo ese complejo de dificultades que encuentra el ser humano para lograr una explicación lógica al problema de la muerte; Israel evoluciona en sus ideas sobre la muerte. En un principio afirma que nada en el hombre es inmortal: la muerte aparece como un hecho normal y general que afecta a todo el ser humano. Posteriormente se admite que aunque no "vive", no por ello deja de vivir: su existencia prosigue en tales condiciones que no merece ser llamada vida. No es la muerte lo opuesto a la vida, sino simplemente la reducción de las fuerzas vitales al minimum. Israel también admite cierto poder, divino o demoníaco, en los muertos, del que los vivos deben precaverse. Con todo hemos de afirmar que siempre se reconoció un poder de Yahveh sobre los muertos. El pecado no es la causa de la muerte; la muerte es algo natural.

Pero si el individuo muere, Israel continúa: la palabra de Yahveh fue dada a la comunidad y la vida es algo nacional y comunitario. En este contexto los israelitas consideran que la muerte no separa definitivamente al difunto de la vida de los vivos, de su mundo. Su descendencia hace que se perpetue entre los vivos.

Algunos textos como Ecles. 12,9 y Gn 35,18, podrían dar pie para constatar cierto dualismo en la antropología israelita. Pero nada más lejos de la verdad que esto, ya que el alma no puede vivir sin el cuerpo, y la salida del alma, la vuelta del espíritu a Dios, de las que hablan, indican más exactamente la nada en que cae el muerto.

El estado de los muertos es algo confuso y evolutivo en el pueblo de Israel. El mundo de los muertos, el Sheol, es polivalente: es la tumba o la fosa común. Es el lugar de perdición o destrucción. Es lo opuesto al cielo, el punto más bajo del Universo, las profundidades del abismo, lo más lejano al reino de Yahveh.

Posteriormente no se consideró como un lugar de castigo: según algunas alusiones, principalmente en los últimos escritos veterotestamentarios, el sheol es la residencia provisional de los que esperan el juicio y la resurrección.

Es un lugar cerrado, del cual nadie sale... Es el mundo del olvido y del silencio. Es el mundo de la soledad. No existe en él la alabanza a Yahveh.

Sin embargo, en toda la mentalidad israelita queda bien claro siempre el poder absoluto de Yahveh sobre el sheol, al igual que sobre la vida. Este poder hará posible la resurrección.

LA RESURRECCION

La revelación progresiva que se observa en el Antiguo Testamento, se manifiesta a su vez en esta verdad fundamental. Los varios textos que se pueden aducir para su confirmación (Os 5,1-3; 13,14; Ez 37, 14; Is 53; 25; 26; Dn 12; II Ms 7...) han sufrido esta evolución

desde la época real hasta los últimos escritos veterotestamentarios. Incluso estos textos obedecen a preocupaciones diferentes: los contemporáneos de Oseas y Ezequiel se preocupan del futuro de la nación santa; los autores apocalípticos de Isaías y Daniel piensan en la suerte de los fieles ("hasidim") antes del triunfo final de Yahveh; el Deutero Isaías se centra en la rehabilitación del siervo de Yahveh.

Por sí mismos estos textos nos invitan a admitir múltiples causas en el nacimiento y desarrollo de la creencia en el despertar de los difuntos.

No intentaremos hacer un análisis exegético de los mismos: buscaremos la razón primera del origen de esta creencia.

La certeza que los "hasidim" tienen de la resurrección proviene esencialmente de un fundamento teológico. La fe en la inmortalidad se basa en la fe en Yahveh, que se ha revelado como un Dios poderoso, recto y bondadoso con su pueblo. Es más, la resurrección de los muertos, como última revelación del Antiguo Testamento, confirma a la vez el poder, la justicia y la misericordia del Dios Único.

El poder de Yahveh se manifestó a su pueblo desde un principio en la liberación de Egipto y formación de la comunidad elegida. Posteriormente los israelitas descubrieron que su Dios particular era el Dios y Creador de la Naturaleza; reconocen su dominio absoluto sobre todo lo creado y existente.

Y conforme evoluciona la concepción sobre el Sheol, más se consolida el dominio de Yahveh sobre el mismo.

Y este poder de Dios sobre la muerte, será precisamente el presupuesto de la resurrección de los muertos.

Yahveh es justo y fiel a sí mismo y a su palabra dada en la Alianza. Este pacto, puesto constantemente en peligro por los israelitas, es restablecido y conservado siempre por Dios.

Primariamente la justicia divina es algo comunitario y se experimenta en toda la comunidad y a través de ella. Pero las sucesivas guerras y exilios resquebrajan el vínculo del individuo con la comunidad. El israelita ya no desea sufrir la suerte común, sino asumir su destino personal dentro de la comunidad. La influencia de los profetas es evidente en este pensamiento: los castigos nacionales sirven para evidenciar la justicia rigurosa de Dios, pero cada cual será castigado y juzgado por sus propios pecados (Jr 31,29; Ez 18,1).

El libro de Job plantea en definitiva el problema del justo que llega a dudar tanto de la rectitud de su Dios como de su buena conducta. La muerte, este "no" que el Creador dice a su criatura ¿es verdaderamente la última palabra de ese Dios justo?

El salmista afirma la rectitud divina (Sal 49,73), aunque ignore las modalidades precisas del cumplimiento de esa justicia. Estas convicciones le llevan a creer que sus fieles permanecen en Dios incluso más allá de la muerte.

La necesidad de una retribución póstuma aparece en el último cántico del Siervo de Yahveh (Is 53). Y en el Apocalipsis de Isaías la justicia de Dios exige que los fieles sean levantados del polvo y sus

enemigos permanezcan para siempre en el Sheol (Is 26).

En busca de la retribución divina, el pueblo elegido "descubrió" la resurrección, consecuencia de aquélla. Pero notemos cómo no es tanto dar satisfacción a los justos, cuanto salvaguardar la justicia divina. La vida carece de sentido para el israelita, si Yahveh no es justo: su justicia no se encuentra actualmente en la tierra. Por ello se proclama el retorno de los difuntos a la vida. La resurrección es un fruto de la fe en Dios justo.

Yahveh también es un Dios bondadoso desde los comienzos de Israel. A esta actitud benevolente y acogedora de Yahveh, corresponde la piedad de los fieles que buscan la amistad de Dios, que buscan su presencia y responden libre y alegremente a su oferta (Sal 84; 42; 36; 27; 73...). La piedad de los fieles no puede separarles de Yahveh. La pertenencia a Dios en esta vida es el motivo del triunfo sobre la muerte con la resurrección.

Y es que la barrera de la muerte es superada por el amor de Yahveh.

En resumen, podemos afirmar que la fe en la resurrección nace de la revelación de Yahveh a su pueblo Israel, al manifestar su poder total, su fidelidad a la palabra dada, y su bondad para los que le aman.

El contexto histórico de esta revelación es elocuente por sí solo: durante el destierro y las dominaciones, en un clima de testimonio y martirio.

CONCLUSION

En un estudio comparativo de las diversas naciones, se puede obser-

var que el tema literario de la resurrección y sus adyacentes en Israel, si bien está en la línea de los grandes mitos de las otras naciones, con todo es totalmente diferente en sus ideas teológicas.

Estas diferencias se pueden resumir así:

— La resurrección no es un concepto antropológico, sino teológico: se fundamenta en la libertad y amor ilimitados de Yahveh.

— Tendencia desmitologizadora en el concepto israelita de la resurrección.

— Resurrección independiente de la Historia terrestre: la muerte introduce en un nuevo mundo, distinto al actual.

— Espiritualidad de la vida futura, lejos de toda la "materialidad" de los mitos paganos.

— Identificación en el plano existencial de salvación, inmortalidad y resurrección.

— No es una visión apocalíptica final a estilo oriental (Persia o Irán). Es la misma línea que sigue Jesús y hemos recogido los cristianos: el poder, la justicia, la bondad divina del Antiguo Testamento, quedan reflejados en la Pascua Cristiana. La Resurrección de Jesús da testimonio del triunfo del Dios vivo sobre las potencias demoníacas (Act 3,15; 4,10; 10,40...); da testimonio de la justicia divina que ofrece la salvación a los pecadores y los transforma a imagen del Hijo de Dios (Rom 4,22 ss; 10, 9...); revela a los creyentes el amor del Padre del que nadie podrá separarlo y la solicitud de Cristo que intercede continuamente por ellos

(Rom 8. 34ss). La Pascua es también la confirmación de la revelación de Yahveh a su pueblo; la fe de los apóstoles se une a la espe-

ranza de los "hasidim"; lo mismo que Israel, la Iglesia se apoya sobre las promesas de Dios para esperar la muerte de la muerte.

BIBLIOGRAFIA

COLABORACION, *Concilium* n.º 60, Diciembre 1970.

COLABORACION, *Diccionario del Mundo Clásico*, Ed. Labor, Barcelona 1954.

COLABORACION, *La résurrection du Christ et l'exégèse moderne*, Ed. du Cerf, París 1969.

DANIÉLOU, Jean, *La résurrection*, Ed. du Seuil, París 1968.

MARTIN-ACHARD, Robert, *De la Muerte a la Resurrección*, Ed. Marova, Madrid 1967.

TOVAR, Antonio, *Historia del Antiguo Oriente*, Ed. Montaner y Simón, Barcelona 1968.

"Cristo glorioso; influencia secretamente difundida en el seno de la materia y centro deslumbrador en el que se centran las innumerables fibras de lo múltiple; potencia implacable con el mundo y cálida como la vida; tú, cuya frente es de nieve, cuyos ojos son de fuego, cuyos pies son más centelleantes que el oro en fusión; tú, cuyas manos aprisionan las estrellas; tú, que eres el primero y el último, el vivo, el muerto y el resucitado; tú, que concentras en tu unidad exuberante todos los encantos, todos los gustos, todas las fuerzas, todos los estados; a tí era a quien llamaba mi ser con un ansia tan amplia como el universo. ¡Tú eres realmente mi señor y mi Dios!

TEILHARD DE CHARDIN, *Himno del Universo*